



Pregón 2010

Pregón 2010

Jesús C. Iniesta Ruiz-Peinado

Hermano Mayor y demás miembros de la Junta de Gobierno de mi Muy Ilustre, Fervorosa y Antigua Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Perdón y María Santísima de la Esperanza.

Señores párrocos y autoridades eclesiásticas y municipales; señoras y señores.

Cuando por parte de Don Agustín Trujillo se me propuso ser pregonero de estas nuestras fiestas, vinieron a mí sentimientos contradictorios. Por un lado, la inmensa alegría de poder dirigirme a todos ustedes para hablar de nuestro Patrón; por otro, la responsabilidad, y, a la vez, el temor que esto supone. Por ello he recurrido a aquello que dicen los expertos en este tipo de eventos: cuando tienes que enfrentarte a un auditorio para hablar en público, es necesario estudiar en profundidad el tema que vas a exponer. Pero, si me lo permiten, en este caso, creo que mejor que estudiar, es conocer la materia de primera mano.

'Conocer' en este caso, es haber percibido aquello de lo que quieres hablar, conocer es hacer tuyo, experiencia de vida, aquello que quieres compartir. Si estuviera en el ámbito profesional, mi exposición versaría sobre tecnología, les hablaría de teléfonos, conexiones a internet, aplicaciones; pero hoy tengo la oportunidad de hablar de aquello que he vivido, aquello que he conocido a través de los sentidos, no en libros de texto, o la formación académica adquirida a lo largo de la vida.

En la actualidad, el ser humano, se empeña en demostrar por medio de la ciencia todo lo que alcanza su conocimiento. Hacer tangible y mensurable, todo lo que nos rodea; pero la ciencia nunca podrá medir aquello que sale del corazón, aquello que es sentimiento hecho vida y, si no, díganme cómo podemos medir el amor de una madre. Nadie puede decir que lo ha visto físicamente, nadie puede decir que lo ha oído, pero ninguno de los presentes puede dudar que exista, y que exista más allá de nuestros sentidos. Lo realmente importante en la vida es aquello que no tiene medida, aquello que entregamos y damos sin medida: el amor, el perdón, la esperanza.

Todos, al nacer, nos encontramos ante el libro en blanco de nuestra vida, un libro pendiente de rellenar, cuyo número de páginas desconocemos. Ignoramos si será una novela o un ensayo, sólo sabemos que es un libro por escribir. Y en ese libro, el de mi vida, el que conozco, el que he vivido, está presente, ha estado y estará Nuestro Padre Jesús del Perdón.

En las primeras páginas de mi libro, cuando aún no reconozco ni mi propia letra, cuando está escrito con

la letra de mis padres o de mis abuelos, veo esos primeros encuentros con Nuestro Padre Jesús del Perdón. Tengo grabada en la memoria esa primera procesión al lado de mi padre, ese andar de un lado para otro sin cesar, porque ese año tocó de cerillero y aún había que encender aquellos faroles que todos los hermanos guardamos en el desván de nuestras casas.

Recuerdo esos viernes por la tarde, la "fe" hecha necesidad, hecha encuentro de amor, de ir a besar el pie a Nuestro Padre Jesús del Perdón. Esos paseos desde la calle La Soledad hasta la Ermita, de la mano de mi madre o de mi abuela, para ir al encuentro del Padre Celestial. Otras veces, de las manos de mis otras madres, mis tías, pasábamos por delante de tu puerta y la visita era obligada.

Recuerdo esas visitas desde el cercano colegio de Don Cristóbal a la Ermita del Patrón, la gran mayoría de ellas, para enseñarnos a rezar; las menos, para confesar, tal vez un par de veces al año. Recuerdo aquellas interminables confesiones con el Padre Ángel, no por él, sino porque éramos tantos y tantos los niños penitentes, que no se acababa nunca.

Y, de pronto, cuando ya empiezas a escribir el libro de tu puño y letra, cuando empiezas a torcer tú mismo los renglones, recuerdo que me hice de la competencia, monaguillo de Nuestra Señora de Altigracia, bueno, por aquel entonces en La Paz, que aún la casa de Nuestra Madre estaba en construcción.

Pero aún me ataban a Ti esa visita de los viernes, que ya demasiadas veces era a regañadientes, aunque otras la necesidad, seguían llevándome a tus pies.

Y continuamos creciendo, torciendo renglones en nuestro libro, el tiempo nos hace marcharnos a estudiar fuera, dejar el pueblo para encontrar nuevas cosas, nuevos lugares, nuevas personas. Pero a Ti, a Ti, Jesús, mi abuela te metió en mi cartera, para que llevara tu imagen en forma de estampa, mis padres te introdujeron en mi fe, esa que arraigó en mí profundamente, y yo, intencionadamente, te inserté en mi corazón, para llevarte siempre conmigo.

Es ese momento, la adolescencia, cuando la persona se encuentra ante una de sus mayores encrucijadas, tantas decisiones por tomar y tan poca experiencia para tomarlas. En esa edad cuando alguien se acerca a la re-



ligión, se enfrenta a ella como si un ciego de pronto recibiera la vista y se pusiera ante un paisaje. Tan lejana le parecería una cosa como otra: no tendría perspectiva. No encontramos la conexión de un hecho con otro, de una verdad con otra, qué precede a qué y quién precede a quién, que cosas en la vida son primordiales y cuales secundarias. Y no somos capaces, a esa edad, de ver nuestra propia ignorancia.

Es, en ese momento, cuando el ser humano más necesita buscar referencias, entonces qué mejor que refugiarte en lo que Tú Jesús dices de Ti mismo. Te nos presentas como:

- Manso y humilde de corazón (Mt, 11,29)
- Maestro y Señor (Jn, 13,13)
- Camino, Verdad y Vida (Jn, 14,16)
- La luz del mundo (Jn, 8,12)
- El Buen Pastor (Jn, 10,14)

Poco a poco, Jesús, de diversas maneras, te vas convirtiendo en una referencia en mi vida. Pero yo, yo te miraba en la imagen de nuestro Patrón, caído, rodilla en tierra, buscándonos con tu mirada y te veía sufriendo, cargando con la cruz. Has pasado por Getsemaní donde te adentraste en la soledad del olvido, donde sentiste el abandono y el fracaso. En la Pasión padeces la amargura del odio y de las frustraciones de quienes te maltrataban. Y ahora llevas el peso de esa cruz y nos sigues dando esperanza, te sigues preocupando más por nosotros que por Ti mismo y así les dices a esas mujeres que se acercan a quitarte el sudor:

"Mujeres, no lloréis por Mí, llorad por vuestros hijos"

Poco a poco, en el libro de mi vida llegó la juventud, para mí, Zaragoza, Valdepeñas, Madrid. Mi libro se escribió poco en este mi pueblo. Pero hay unas páginas a las cuales les tengo mucho cariño, porque en ellas aprendí aún más a quererte. Quisieron honrarme con ser miembro de la junta de Tu Cofradía, y aprendí a descenderte hasta tu carroza, a verte sin potencias y sin cruz. Sentía que te ayudaba y como siempre, creyendo que era yo quien te llevaba hasta tu trono, cuando, en realidad, eras Tú el que conducía mi vida, eras Tú el que cara a cara me enseñabas tu rostro ensangrentado.

Con el tiempo he aprendido a vivirte en la distancia y me queda tu imagen descarnada, postrado en el dolor del camino hacia la cruz, como reflejo en mi interior de Tu presencia.

Cuántas veces he vivido el camino hacia la cruz junto a Ti, como estás en esa imagen que veneramos, postrado en el camino, dolorido, abatido, pero no derrotado. La muerte no vence a aquel que entrega la vida por amor y Tú nunca puedes ser vencido.

Con Cristo fui clavado en el madero,
y ya no vivo yo, quien vive es Cristo;
con Él perdí la vida para hallarla,
con Él morí naciendo en el bautismo.

Por esa Cruz gloriosa somos suyos,
con túnica de sangre nos vestimos;
por Él tenemos nombre y esperanza,
por Él, con Él, en Él por siempre ungid.

¡Oh Cristo, que tendiste a los hermanos
la mano que salvaba del abismo,
por mil eternidades en tu gozo
las gracias que mereces te decimos!

Ese amor se refleja en tu apellido, Nuestro Padre Jesús del Perdón. Y a ese don maravilloso del Perdón que Jesús nos alcanza con su sacrificio se puede llegar de muchas maneras. Permitidme que ahora me acerque a nuestro patrón desde tres personajes que nos encontramos en ese camino hacia la cruz del viernes santo y que alcanzan el perdón de tres maneras distintas: amor, encuentro y reconocimiento.

Hay uno que especialmente es una referencia para mí, quizás porque su forma de ser tiene mucho de la forma de ser de los manchegos. Temperamento primario, impulsivo por naturaleza, pero, al mismo tiempo, generoso sin límites y con carácter para imponerse a los demás. Moralmente bastante cabal, alegre por hacer el bien y con ideales elevados. Me refiero a San Pedro.

Camino de Cesárea de Filipo, durante una de esas predicaciones por Tierra Santa, Tú Jesús le preguntaste a los tuyos: "Y, vosotros, ¿quién decís que soy yo?" (Marcos 8, 27-35). La pregunta iba más allá de lo que la gente decía de Ti, querías saber la opinión de tus amigos, de los tuyos. Se hizo un silencio entre ellos, y la voz de Pedro irrumpió, seguramente como un trueno, por encima del silencio, dejando clara su opinión: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios Vivo". Lo sabía, lo tenía claro, y en la noche Santa te negó una primera vez.

En otra parte del relato de Juan (Jn, 21, 1-19), le interrogas a él directamente, recurre a la familiaridad, no le llamas Pedro: "Simón, hijo de Juan ¿me amas?" y Pedro sin dudarlo, seguramente sin dejar a Jesús acabar la pregunta, con ímpetu, responde: "Señor, Tú sabes que te amo". Y ese amor brotaba de lo profundo de su corazón. Acababa de producirse un milagro con la pesca milagrosa, Pedro tenía el corazón encendido, y no dudó en declararte su amor incondicional. Y en la noche Santa te negó una segunda vez. Hoy esa pregunta, dos mil años después tiene que sonarnos a nosotros con la misma familiaridad: Y tú ¿le amas?

Unas horas antes, en la última cena (Jn, 13, 1-11), en la reunión íntima de sus amigos, Jesús tiene el gesto sublime del servicio, se ciñe la toalla y se pone a lavar los pies a sus discípulos, el mundo al revés. Y llega a ti, y tú, Pedro, viendo lo irracional de la situación te rebelas: "Señor, ¿lavarme Tú a mí los pies?". Ante la insistencia de Jesús, te reafirmas "No me lavarás los pies jamás". Jesús, que te quiere a su lado, te provoca, "Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo"; y tú, Pedro, como siempre, respondes desde el corazón, desde el seguimiento incondicional al Maestro: "Señor, entonces no solo los pies, sino la cabeza y las manos". Pasadas unas pocas horas, en la noche Santa, te negó una tercera vez.

Pero no te bastaron tres negativas, os cruzasteis una mirada cuando ya el gallo cantó y con ella Pedro vio su culpa. Tú le diste lo que ya tenía de antemano, tu perdón, y él, dolorido, descubrió que el amor se encuentra

encerrado en nuestras miserias. Desde ellas podemos llegar a ofrecer nuestras mejores victorias. Tu perdón le alcanza por el amor que tiene, por la entrega incondicional de su vida.

Otra manera de llegar al perdón es encontrándote en el camino, que Tú salgas a nuestro encuentro. Hay otro personaje en ese camino que recorres, y este te acompañó hasta los pies de la cruz; quizás porque a quien mucho perdona, mucho tiene que agradecerle. En tu vida te encontraste con muchos personajes que podían darte mucho, pero este te dio todo lo que tenía, te dio hasta sus miserias. María Magdalena.

En tu primer encuentro con ella (Jn 8, 3-11), nos enseñas el alcance de nuestra vanidad, "aquel que esté libre de pecado que tire la primera piedra", para luego preguntarle, "¿nadie te ha condenado? Tampoco yo te condeno".

Tú, Nuestro Padre Jesús del Perdón, le perdonaste todo, limpiaste su vida con tu perdón, le abriste un camino nuevo, borraste de un plumazo los renglones torcidos en el libro de su vida y ella no se quedó nada para sí misma, se volcó en gestos infinitos de amor, ella es la mujer que unge con perfumes tus pies y los enjuga con sus cabellos (Lc 7, 36-50) y ella está a los pies de tu cruz en el aparente momento de tu derrota, dónde solo los que te aman son capaces de encontrarte.

Esa manera de perdón es la que para nosotros manzanareños, te da el nombre. Ese salir al encuentro de los que esperan de ti, como aquella tarde de Viernes Santo de 31 de marzo de 1809, con la iniciativa de Sotomayor sacaron nuestros predecesores tu imagen al encuentro del general francés Sebastiani hasta la ermita del Cristo de las Agonías, para implorar su perdón y recibir su gracia.

La otra forma de alcanzar el perdón y el otro personaje en ese camino de la pasión es el buen ladrón: reconocer que Jesús es la salvación misma; reconocer que, efectivamente, el paraíso, es decir, la salvación, la vida definitiva, Jesús ha empezado a hacerla realidad desde la cruz.

Dimas, el buen ladrón, se reconoce pecador, primer paso necesario para alcanzar el perdón ante los ojos de Dios; declara inocente a Jesús y, acto seguido, pronuncia unas palabras asombrosas dirigiéndose al Señor: "Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino". No pide que los ángeles le salven del suplicio, sólo ruega humildemente que se acuerde de él, que no le olvide cuando más allá de esta vida esté en el lugar celestial en que reina. No puede expresarse de modo más conciso. Y la respuesta de Jesús, como siempre desproporcionada; no le dice: Me acordaré de ti, que es lo que se le pedía, sino: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso".

La paciencia, la humildad y el silencio de Jesús a lo largo de la Pasión es patente, pero ahora se advierte en Él un gozo, una alegría, que brilla como una luz en la noche. Jesús ya había declarado que la alegría en el cielo por el pecador que se arrepiente es grande, y había descrito la alegría del padre ante el hijo pródigo que vuelve a casa; pero la reacción de Jesucristo es mucho

más expresiva en aquellos momentos porque muestra el precio de esa alegría. Su palabra es tan fuerte que parece como si quisiese desclavarse por un momento de la Cruz para abrazar al hijo que vuelve a la casa del Padre.

En el libro de nuestra vida, en todos los libros, nos encontramos con páginas donde los renglones que escribimos están muy torcidos o la página se encuentra manchada con la tinta de nuestras acciones erróneas. Lo importante no son esos renglones o esas manchas, lo importante es acercarnos al perdón que se nos ofrece continuamente, y que saldrá a buscarnos y que reconociéndolo, por tu amor, siempre se nos brindará de una manera desinteresada.

Pero, el perdón, es un camino de doble sentido en el mapa de nuestro vivir, y lo manifestamos en la oración del Padrenuestro, "perdónanos, como nosotros perdonamos". Recibir para dar, dar para recibir, salir al encuentro de nuestro hermano para que antes de que nos pida ese perdón, en nuestra mirada, se refleje la mirada de Jesús del Perdón y sepamos transmitir que ya lo ha alcanzado, que ha sido perdonado, que la mancha en la página de nuestro libro se ha borrado y que de ella ya no quedan señales.

Pero nuestra Hermandad no se queda solo en el perdón, desvela un encuentro entre dos palabras, entre dos imágenes que provocan el paso automático de una a otra. Perdón y Esperanza, Nuestro Padre Jesús del Perdón y Nuestra María Santísima de la Esperanza.

Como expresa el autor del Himno de nuestro Patrón:

En las luchas de la vida
nuestro Padre te llamamos,
por eso de ti esperamos,
consuelo, gracia y perdón

Esperanza es una confianza en la espera. Una confianza que nos debe evitar la desesperación y la presunción.

Podemos llegar a pensar que es el hombre quien tiene una esperanza ciega en Dios basada en el amor que El nos tiene. Pero aún mayor que nuestra esperanza, es la esperanza que Dios ha demostrado y demuestra en los hombres. La esperanza de Dios, fundamento y motivo de nuestra esperanza, es que nosotros sigamos a Cristo, acompañemos a Cristo, imitemos a Cristo en la obra de hacer un mundo mejor, un mundo que no sea ya el mundo de las guerras, las injusticias o las envidias, sino verdaderamente el Reino de Dios donde los hombres estemos decididos a vivir como hermanos.

Si volvemos a ese libro de la vida de cada uno de nosotros, nos encontramos que cada vez que le damos la vuelta a una página y esta aparece en blanco, se nos brinda una oportunidad para rellenarla con las cosas del nuevo día. Nuestra imaginación se llena siempre de esperanzas, de anhelos humanos para mejorar el día anterior, para conseguir enderezar los renglones torcidos y para evitar manchones de tinta.

De esta manera, enfrentándonos siempre a nuestro presente y a nuestro futuro demostramos esa confian-

za que cada uno de nosotros llevamos en el corazón, ese creer en nosotros mismos, y ese creer en los demás. Más allá de lo que haya pasado, y de lo que cada uno haya vivido, esa fe y esa confianza nos invita a vivir con esperanza, y de esta manera transmitir a los demás, aún en los momentos difíciles y duros, que lo que tenemos por delante es lo mejor de lo que nos queda por vivir.

Los cristianos debemos preguntarnos qué es lo que tenemos que vivir y la primera respuesta que se nos viene siempre a la cabeza, es que tenemos que ser hombres y mujeres de fe.

Pero hay otra pregunta que nos debemos hacer: ¿cuál es la actitud que hoy puede servirle más al mundo?, ¿qué podemos transmitir a los demás?. Creo que si pensamos y miramos el mundo que nos rodea, nos daremos cuenta de que, si hay algo que falta, es precisamente esperanza. Tener esperanza, confiar y creer que las cosas pueden ser de alguna manera distinta, que nuestro día a día no es un camino a ninguna parte, sino, los pasos necesarios para alcanzar el fin de todo hombre, el encuentro con Dios. Desde nuestra propia vida pensamos que ya las cosas no pueden ser diferentes, ya no pueden cambiar; Jesús nos invita siempre a querer vivir con esperanza, y que esa esperanza tenga y sea un signo para los demás.

Quizá más de uno se pregunte: los cristianos, ¿en qué debemos esperar?, porque el mundo nos ofrece muchos bienes, todos ellos apetecibles para este corazón nuestro, que reclama felicidad y persigue con ansias el amor. Además, queremos sembrar la paz y la alegría a manos llenas, no nos quedamos satisfechos con el logro de una prosperidad personal, y procuramos que estén contentos todos los que nos rodean. Entonces, ¿dónde tenemos que poner nuestra confianza, nuestra espera?. Dejadme que me apoye en dos santos de referencia:

San Agustín en sus confesiones nos da la primera pista: "¡nos creaste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en Ti!".

Y San José María Escrivá de Balaguer nos dice: "Esperalo todo de Jesús: tú no tienes nada, no vales nada, no puedes nada. El obrará, si en Él te abandonas".

Y también en un poema muy conocido, el poeta nos dice dónde tenemos que poner nuestra esperanza

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor: muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muéveme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme en fin tu amor, de tal manera
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No tienes que dar porque te quiera,
porque aunque lo que espero no esperara
lo mismo que te quiero te quisiera.

Solo en Dios, el cristiano puede poner su esperanza,

solo en imitar a Jesús, el cristiano tiene su meta.

Muchas veces la sociedad de hoy pone su esperanza en las cosas fáciles de la vida y se aleja de aquellos caminos escarpados y con pendientes difíciles de escalar. Dios tiene otra manera de ver las cosas y ha querido poner la esperanza en la cruz, esa cruz que pesadamente traslada nuestro Patrón.

La cruz, es algo más grande y misterioso de lo que puede parecer a primera vista. Indudablemente, es un instrumento de tortura, de sufrimiento y derrota, pero al mismo tiempo muestra la completa transformación, la victoria definitiva sobre el mal, y esto la convierte en el símbolo más elocuente de la esperanza que el mundo haya visto jamás. Habla a todos los que sufren -los oprimidos, los enfermos, los pobres, los marginados, las víctimas de las injusticias- y les ofrece la esperanza de que Dios pueda convertir su dolor en alegría, su aislamiento en comunión, su muerte en vida. La cruz, ofrece esperanza ilimitada a nuestro mundo en movimiento.

Perdón y esperanza son dos términos unidos en nuestra Hermandad, dos términos que deben dar sentido a la existencia de todo ser humano, sabiendo que sin uno no puede ser el otro.

Acompañemos por tanto a Nuestro Padre Jesús del Perdón en su camino hacia la esperanza, sigámosle en estos días de novenas, de encuentros con Él, y lleguemos así al día del Patrón, a ese 14 de Septiembre, con la certeza del camino bien recorrido.

Al comienzo de este pregón, os empecé hablando de estudiar y conocer, pero hay otro verbo más que atravesaba de forma escondida el texto. Recordar.

Recordar tiene que ser para agradecer y, permitidme, que me acuerde de aquellos sacerdotes que han pasado por mi vida dejando su huella, Don Félix el primer párroco de Altagracia, el Padre Ángel, Don Julio o Don Eloy; quiero recordar especialmente a Don Jerónimo que en mis tiempos de juventud, donde más difícil es situarse, tuvo para mí una palabra de aliento y de consuelo y fue un ejemplo de fe.

Recordar también es extrañar, y especialmente hoy, extrañar a aquellas personas que en el libro de mi vida han escrito más páginas para mí, mi padre Ignacio, mis abuelos y mis tíos Diego y Antonio.

Recordar es volver a vivir interiormente aquello que nos ha llevado hasta aquí.

Por eso, para mí, ha sido fácil hablar de Jesús del Perdón. Él ha estado presente en mi vida interior y yo he querido llevarlo exteriormente a todos los demás.

Por eso, recordando todos los buenos momentos que he vivido a lo largo de estos años, no quiero dejar pasar la oportunidad de desearos todo lo mejor para estas fiestas. Espero que las viváis desde dentro de vuestro corazón, y expreséis esas vivencias religiosas y humanas que a lo largo del tiempo, la Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Perdón ha vivido y ha transmitido a las gentes de nuestro pueblo.

Por esa razón, a partir de ahora, llevaré en mi recuerdo este momento, y también a todos vosotros.

Gracias a todos.